

En busca de lugares de encuentro con Dios

Actitud Fundamental

Kreuzberg es un barrio de Berlín. A consecuencia de su vida nocturna Kreuzberg es un atractivo, pero también temeroso lugar. Aquí viven personas de las más diferentes naciones. Muchas están sin permiso de residencia, por consiguiente sin papeles. Drogodependientes y personas sin techo son tan difícilmente abarcables de una ojeada como los muchos policías que buscan personas “sumergidas”. Pero también Kreuzberg es un barrio atractivo para los artistas, que al principio del siglo XX era uno de los lugares más densamente poblados de Europa. Y Kreuzberg es también un policromo y turbulento asilo.

Desde hace unos veinte años vivimos los jesuitas con una pequeña comunidad en este lugar.

Nos hemos convertido en trabajadores de la industria y hemos buscado contacto con diferentes grupos en la ciudad: preferentemente con personas que no pertenecen a la influyente sociedad de la política y de la cultura, por consiguiente presos, sin techo, drogodependientes. Con algunos de ellos convivimos en un piso alquilado del siglo XIX. En esta comunidad tienen su hogar personas de muchas culturas; todas estaban en algún apuro cuando llamaron a la puerta y buscaban refugio. Cuando experimentan hospitalidad, en seguida se hace visible su dignidad, escondida detrás de muchas dificultades con las que luchan. Para nosotros los jesuitas y para otros visitantes estas personas son maestras y maestros de la Encarnación: nosotros somos aceptados con nuestras fuerzas y nuestras debilidades y animados a vivir más allá de toda competencia. Nuestras maestras y maestros son personas, que sufren a menudo la injusticia y que son marginados de la sociedad reinante. En el encuentro con ellos, descubrimos los prejuicios despectivos frente a otras culturas y religiones que percibimos no sólo en la sociedad por el comportamiento de los demás y en los textos de las leyes estatales, sino que nosotros mismos llevamos en nuestro interior. La pregunta sobre cómo Dios ama en primer lugar a estas personas extranjeras, se convierte en la clave del encuentro. La fantasía de Dios encuentra su propio acceso para cada persona. Él nos invita a recorrer con Él este camino. La aceptación de otras personas da impulso a la relación con nosotros mismos, actúa sanando. Al principio con frecuencia nos quedamos sin

palabras y tenemos que comenzar a oír nuevamente y a comprender. Éste es un suceso contemplativo. También experimentamos pruebas; son las preguntas sobre cómo ha crecido nuestra unidad con Dios cuando Él intenta encontrarnos como hambriento, sediento, enfermo, encarcelado. Continuamente Él es empujado en estas personas al último rincón de la sociedad. Como cristianos aprendemos a escuchar el silencio de Dios en medio de nuestros activos intereses. Especialmente entonces deseamos seguirle de nuevo y dejarnos interpelar más por su proximidad. Para ello tenemos que descalzarnos de los poderosos, de los sabelotodo, de los mejores para poder aceptar la unidad y alegría con Dios y sus criaturas.

También Moisés tuvo que descalzarse cuando pisó el suelo santo en el que Dios le había llamado para servicio de su pueblo. Todo suelo, en el que Dios nos quiere encontrar, se hace santo. No podemos decidir si esto sucede en una insignificante zarza o en un sin techo que mendiga. ¿Pero hay algo más hermoso que la invitación de Dios a percibir la vida y también aceptarla?

Un día llamó alguien a la puerta con el ruego de hacer Ejercicios en nuestra comunidad. Dio que pensar: ninguno de nosotros hasta aquí había acompañado Ejercicios y nuestra vivienda era un permanente ir y venir; sin embargo él insistió en su deseo. Los Ejercicios Espirituales entre nosotros fueron para él un tiempo importante de clarificación de su camino existencial. Otros ejercitantes hicieron con nosotros experiencias similares. También estos tiempos fueron fructíferos para nuestra comunidad. Los ejercitantes encontraron en la ciudad muy diferentes lugares para vivir, para meditar y orar. En la búsqueda de estos lugares aprendieron a escuchar sus voces interiores y a dejarse conducir. Cada persona tiene miedo a ciertos sitios. Alguno sólo se puede acercar despacio a una reunión de drogodependientes o tiene que detenerse de lejos. Cuando después ha tomado aliento y puede quedarse, comienza la apertura y el descalzarse. Lo mira como la “composición de lugar” para la meditación y la oración, según diría Ignacio. ¿Qué busca aquí? ¿Qué espera? Sus temores continúan, pero ahora está más tranquilo y curioso de lo que ve y de cómo es interpelado por Dios. Esto sucede siempre de forma sorprendente. Si algo se ha movido en su corazón, volverá a lo experimentado, lo contemplará en otra parte –quizás de la mano de una historia bíblica-. Entonces pueden madurar los frutos de la meditación. No siempre el que

medita es directamente interpelado. Sin embargo tampoco es raro que suceda. Una mujer mayor halló en un punto de encuentro de drogodependientes su lugar de meditación y después de algún tiempo recibió allí una propuesta de matrimonio de un hombre solitario de parecida edad a la suya. Primeramente se indignó y se marchó enfadada. Sin embargo, cuando después de unos días descubrió el sentido de las palabras, supo que este hombre era para ella un mensajero de Dios, que la invitaba a la vida en comunidad con Dios. Inmediatamente se puso en camino hacia una iglesia de pobres para celebrar esta invitación interiormente en comunidad con Dios. Muchos temores reprimidos cedieron.

Ignacio de Loyola describe en sus Ejercicios primitivos en Manresa muchas de tales experiencias. Combatía contra sus costumbres, actuando en oposición a su antigua praxis. Poco a poco se descalzó. Pudo confiarse a Dios y hablarle. Vio los Ejercicios como un tiempo de experimentar, semejante a la peregrinación hacia Jerusalén, la enseñanza a los niños en la calle, la visita y el cuidado de los enfermos. En todos estos tiempos espirituales de descubrimiento y entrada en el suelo sagrado aprendió Ignacio la solidaridad con los pobres –incluso él mismo con frecuencia no se diferenciaba de ellos- y se hizo cada vez más hambriento de la pobreza ante Dios.

Cuando un grupo de personas quiso hacer sus Ejercicios en Kreuzberg, preguntamos en la Parroquia. Allí hay un sótano vacío en verano, en el cual duermen en invierno los sin techo. Aquí también se alojaron los que participaban en los Ejercicios.

Durante los veintiocho años de permanente división de Berlín, los creyentes de esta parroquia no podían ir a su iglesia de la otra parte del muro. Así fue construida una iglesia provisional junto al muro. Berlín es una ciudad reunificada. Hasta ahora ambas medias comunidades con sus diferentes experiencias durante la división de Berlín no pudieron reunirse. También otras heridas de la división, además de las de la guerra y del dominio fascista, son visibles en muchos lugares. Junto a éstos, también otros lugares, que recuerdan esta dolorosa historia, se han convertido para algunos de los ejercitantes en lugares sagrados. Así consiguieron el acceso a su propia historia herida.

Durante los días comunitarios de Ejercicios Espirituales todos han ido después de la oración comunitaria de la mañana y del desayuno a los sitios ruidosos y silenciosos de la ciudad. Por la noche, después del oficio divino, hablaban entre ellos y con los acompañantes de los lugares, donde se había movido algo en su corazón y hacían comentarios sobre el tema. Escribimos los nombres de los lugares en una hoja de papel, que se convirtió para nosotros en un grueso libro de experiencias.

Un ejemplo: Una mujer se buscó un sitio para la meditación delante de una prisión de expulsión. Permaneció allí largo tiempo y presencié la vida de las mujeres presas detrás de los muros. Por diversos motivos se habían marchado de sus países. Ahora deben ser expulsadas del país. En el tiempo de la Dictadura nazi muchas personas tuvieron que huir de Alemania. ¿Qué hemos aprendido de esta dolorosa historia? ¿Dónde está nuestra hospitalidad? Muchas preguntas se han generado en la cabeza y el corazón de la mujer. Después de algún tiempo ha preguntado a los que pasaban delante de la cárcel: ¿Cómo os sentiríais si estuviérais aquí? Cuando escuchaba las respuestas aplastantemente racistas, se empezó a avergonzar por las presas y estaba espantada de su propia ignorancia. Las presas, que iban a ser expulsadas, no existían en su vida hasta ahora y no había analizado nunca las despectivas medidas estatales. Una mujer abandonó el establecimiento penitenciario, fue hacia ella y le habló. Era una acompañante espiritual. Le dio algunos nombres de presas que ella visitó al día siguiente. Ahora experimentó como trataban a las mujeres los capataces. Sólo pudo ver a las presas detrás de un cristal y hablar con ellas por una ranura. Encontró a una madre que fue separada de su marido y de su hijo de ocho años en Berlín y ahora debía ser expulsada. Más tarde su marido fue expulsado a otro país. A los dieciséis años, los niños sin familia a menudo son enviados al país de su nacimiento, aunque no dominen la lengua de ese país. La visitante se halla ante su realidad y la de las presas. Las mujeres pueden durante un momento hablar una con otra. Para ella es una gracia visitar a esta presa. Quiere volver en los próximos días. Después de la visita se sienta en una iglesia con una gran cruz sobre el altar y lleva a la oración los impulsos de la visita. Al lado de ella se sienta un niño pequeño con su hermana mayor. El niño señala a la gran cruz y

dice: “Éste vive”. La hermana le aclara los materiales con los que la imagen está fabricada. El pequeño no cesa: “Éste vive”. Finalmente se dirige a la mujer en oración con la pregunta: “¿Vive Éste?”. Y ella puede contestar con la experiencia de este día: “Sí, vive”. Los Ejercicios continúan en el acompañamiento de esta presa de un país lejano y de este niño. Su corazón está lleno de gratitud y abierto para la llamada de Dios. La pregunta apremiante ahora es cómo puede permanecer abierta. Quizás escribirá a la presa algunas cartas y, después de sus Ejercicios en Berlín, buscará la prisión en su ciudad. La añoranza de la palabra de Dios ha empezado nuevamente. Ya ahora –y especialmente en el tiempo de después de los Ejercicios– las sombras del temor se hacen perceptibles de que el camino interiormente vislumbrado se haga público. Quizás sus viejos amigos la marginen de modo semejante a como sucede con las presas. ¿Quiere saltar sobre todas las fronteras sociales y culturales para ser una peregrina de Dios, aunque esto tenga lugar con burlas y desprecio?

Volvamos otra vez al comienzo de los Ejercicios Espirituales. *Ignacio de Loyola comienza en razón de su propia experiencia los Ejercicios con una contemplación fundamental.* Ignacio invita a agradecer la vida, por consiguiente a aceptarse como hijo o hija de Dios. ¿Quiere ella o él esto con toda la limitación a veces dolorosamente experimentada? No sólo al principio de los Ejercicios, sino al comienzo de cada nueva etapa hay en el libro de los Ejercicios una contemplación fundamental: la contemplación del Rey, de la Cena y de la Resurrección en casa de María. También para los demás tiempos espirituales en diferentes lugares de la vida encontramos una contemplación fundamental en el libro de los Ejercicios: La Contemplación para alcanzar Amor. En estas contemplaciones fundamentales son captadas las fuentes de la vida y así se hacen aprovechables. A ellas podemos regresar y desde aquí volver a salir nuevamente. Así también dispone la Contemplación para alcanzar Amor a peregrinar de nuevo, por consiguiente a seguir a Dios y a descubrirle allí Él donde nos espera.

Para nosotros, jesuitas, en Kreuzberg el trabajo manual en solidaridad con nuestras y nuestros colegas es un lugar especialmente importante para descubrir la presencia de Dios, en el cual podemos percibir la dignidad de muchas personas. Es para nosotros

un excelente lugar de aprendizaje, de humillación, pero también de lucha. En medio de todas las dificultades podemos volver al fundamento de nuestra hospitalidad y acordarnos de nuestra añoranza fundamental de un mundo más justo. Por medio de Jesús somos los invitados de Dios. Entonces nuestros huéspedes se convierten a menudo en nuestros anfitriones. Los discípulos de Emaús experimentaron algo semejante con su Huésped, cuando Él les partió el pan. También nosotros hemos descubierto nuevamente el fundamento de nuestra fe cuando partimos el pan en los polvorientos vestíbulos de la fábrica de nuestros colegas o en el borde de la calle de las personas sin techo. En nuestro vivir diario percibimos muchos tiempos espirituales, que Ignacio llamó experimentos. En todos se ejercita como en los Ejercicios la pregunta sin reservas sobre la voluntad de Dios, el desasirse de comportamientos de fuerza y de imposición, por consiguiente el hacerse pobre delante de Dios. Por esta plenitud de vida nos pueden hacer hambrientos de una forma especial, las personas marginadas, que sufren escasez, despreciadas y nosotros las podemos acompañar en el camino.

www.jesuiten.org

Spiritualität/Grundhaltung

Christian Herwartz, SJ

www.vacarparacon-siderar.es